

EN CARACAS, HACE UN SIGLO...

"EL OBRERO"

UN ORGANO GREMIAL CRISTIANO

Lo encontró al azar el doctor Valmore Acevedo Amaya en una de sus excursiones por la Hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia. Y nos comunicó el hallazgo, anunciándonos como una primicia-anticipo de nuestro actual movimiento social y sindical de Venezuela; y por cierto con características vigorosamente cristianas.

El Obrero nace el día 5 de abril de 1879. Se titula: Organó del Gremio de Artesanos de Venezuela. Avisa en el frontispicio: Sale los sábados; suscripción mensual, 20 céntimos y 5 el número suelto. Redactor: Jesús M. Alas; Editor: José María Peña; Administrador: Guillermo Vera.

Un lema a todo lo largo de la portada: La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos. (Congreso Internacional de Trabajadores de Ginebra, 1866.) Eran los días en que Carlos Marx se debatía en los azares de la I Internacional Socialista. Precisamente en este Congreso de Ginebra (1866) fueron aprobados los estatutos preparados por Marx. Sin embargo, en todas las páginas del periódico no hay alusión alguna a Carlos Marx. Ni siquiera un eco de sus ideas, ya publicadas en el Manifiesto Comunista (1848) o en el primer volumen de El Capital (1867).

Los principales sostenedores intelectuales de El Obrero son: Jesús M. Alas, Salvador González y J. M. Soriano; y una serie de seudónimos, de reminiscencia clásica: Lisias, Otelo, Delta, Marco Polo... que dan la impresión de un equipo intelectual de jóvenes. Hablan después del Septenio de Guzmán, 1870-77, y durante su reelección en 1879. El grupo redactor se confiesa paladinamente guzmancista.

Del director sabemos que lo había sido de El Pueblo (1876), periódico político eleccionario, definido partidario de la candidatura del general Francisco L. Alcántara. Una vez que llegó a la presidencia, Linares Alcántara fomentó la reacción antiguzmancista y per-

M. AGUIRRE ELORRIAGA, S. J.

mitió el regreso del desterrado Arzobispo de Caracas, Guevara y Lira. De J. M. Soriano cabe decir que más tarde se convirtió en el administrador e impresor del periódico en sus talleres de la esquina de Llaguno. En ellos se habían impreso varios periódicos de Caracas por lo menos desde 1850 (Diario de Avisos) y hasta 1892 (El Progreso). Salvador González aparece como republicano español y volveremos a él más adelante.

Los patrocinadores económicos de El Obrero los menciona el periódico en su primer número: una lista de 50 nombres que evocan las principales familias de Caracas: los Tovar, los Mendoza, los Punceres... También se encuentra el señor Juan Bautista Lameda, quien estuvo vinculado con el notable esfuerzo pedagógico del colegio católico de la Ascensión que por esa época sostenía el futuro arzobispo Dr. José Antonio Ponte. La "Compañía de Industriales en el ramo del Ganado N° 1" es el único organismo de carácter colectivo que figura en la lista. Muy pronto aparecen como principales sostenedores los mismos artesanos. En el periódico se registran cuatro suscripciones de la Sociedad Protección Mutua, aún superviviente en nuestros días; y una nota confortadora del Gremio de Carpinteros: "La Presidencia manifestó la imperiosa necesidad de contribuir al sostenimiento del periódico que hace días circula en la ciudad, titulado El Obrero. El Cuerpo acordó tomar una suscripción, manifestando a los demás miembros suscribirse y excitar a los demás compañeros a hacer lo mismo... Caracas, 24 de abril de 1879. El Secretario, Ramón Mijares." Igualmente significativa es la presencia entre los patrocinadores de

Pedro Rosendo Olivares, presidente de la sociedad "Mutuo Auxilio".

Hay que advertir que los redactores vivían los entusiasmos pseudo-liberales de la era de Guzmán Blanco. Sin embargo, emociona que el año 1879, hace casi un siglo, en Caracas, un grupo juvenil de improvisados sociólogos aconsejan con visión certera a los obreros y artesanos de Venezuela al compás de las preocupaciones europeas. Hay una vigorosa defensa del derecho natural de la Asociación Obrera; se habla largamente de las Cajas de Ahorros, las Mutualidades, las Sociedades de Socorros Mutuos; y sobre todo se delata un interés vivísimo y curioso por las Cooperativas.

Se abre *El Obrero* con una presentación valiente:

"La presente publicación tiene por objeto cumplir un deber y realizar una esperanza del patriotismo.

Va a sostener los intereses bien entendidos del respetable Gremio de Artesanos de Venezuela.

Ya hace notabilísima falta en la vida política de nuestra sociedad la influencia, siquiera sea únicamente moral, de ese núcleo de hombres, hijos del trabajo, que ha vivido en su patria desde los tiempos de la colonia hasta 1870, como una tribu separada del resto de la Nación.

Pasaron ya los tiempos del puplaje, en que era necesario que hombres de otras esferas sociales vinieran a indicarnos el camino de nuestro bien. Hoy ya podemos regirnos por nuestras propias inspiraciones, dando solamente oído a todo aquello que nos venga de las fuentes puras del Evangelio y de la Libertad.

"El siglo es nuestro", nos gritan todas las clases laboriosas del mundo. "El siglo es nuestro", repitamos nosotros, estrechándonos en un abrazo fraternal, para emprender unidos el camino del porvenir." (Nº 1, p. 1)

En el mismo primer número tiene un recuerdo para los abnegados predecesores en esta tarea que inicia:

"Pero no somos nosotros los únicos que hemos sentido esa noble aspiración al mejoramiento de nuestras clases trabajadoras. Todavía recuerdan algunos los generosos esfuerzos de otros tiempos en pro de la causa de los artesanos, y encomian a compatriotas que han bajado a las tumbas regados con las lágrimas de un duelo general. Los nombres de un Epifanio Manrique, un Federico Núñez de Aguiar, un Simón Planas, un Francisco Conde y un Fermín Plaza resonarán siempre con respeto en el oído de los artesanos.

Vosotros sois numerosos, tenéis en todo el país hermanos que secundan vuestras miras, defienden vuestros intereses y acudan a la prensa a concertar sus ideas de emancipación y de progreso.

En Puerto Cabello, por ejemplo, existe ya un Instituto de Artesanos que puede servir de estímulo. Ese instituto ha rendido grandes servicios a sus miembros y se los promete mayores para el porvenir. Que salgan de su foco rayos de luz a disipar la densa bruma que nos rodea; que se establezca la debida mancomunidad de nuestros intereses, y todo paso ha de conducirnos a un final feliz." (Nº 1, p. 2)

No se respira en *El Obrero* lucha de clases; pero sí una defensa airada de las necesidades olvidadas de los obreros. Así, ante la afirmación del señor Manuel María Hernández que los artesanos son gentes acomodadas y sin necesidades especiales, replica *El Obrero*:

"El señor Hernández no cree que la mayoría de los artesanos vive en la ignorancia y en la miseria, y nos llama la atención sobre los edificios y monumentos

que ellos construyen, y sobre los muebles que adornan nuestros salones, obra de sus manos, como si el Gremio se compusiera de una docena de maestros en cada arte con sus correspondientes compañías de hombres de oficio, y como si la miseria no significase más que ese extremo doloroso que va casi siempre a dar al vicio, y no pocas veces al suicidio. Todos los artesanos que gozan hoy de una regular posición no pueden compensar el inmenso número de los que viven en la indigencia, atendidos a un escasisimo jornal que apenas les alcanza para el pan de cada día y que el menos pensado desaparece por una competencia innoble o por uno de esos forzosos y largos paros que nuestras discordias civiles imponen con frecuencia a los trabajadores." (Nº 5, p. 3)

El tema predilecto del editorialista, que no firma y juzgamos sea su autor, Jesús M. Alas, son las Cajas de Ahorros:

"Entre las muchas instituciones que ha creado este principio saludable figuran en primer término las de previsión, de socorros mutuos, de instrucción y recreo y las de crédito, estas últimas muy socorridas y favorables a los pobres.

Las sociedades benéficas, compuestas en su generalidad de hombres cultos, laboriosos y progresistas, son las llamadas en primer término. Las de Caracas podrían entenderse para fundar una Caja de Ahorros destinada al público." (Nº 7, pp. 2-3)

Esas sociedades benéficas eran ya numerosas en 1879, y se han multiplicado en toda la República. Algunas de ellas sobreviven, como la Protección Mutua de Caracas. Al respecto escribe Salvador González:

"No es nuestra intención seguir las distintas evoluciones que ha practicado el espíritu de ahorro en las sociedades europeas, todas en favor de las clases laboriosas, principalmente de las que viven de los oficios mecánicos y manufactureros. Nos limitaremos a indicar someramente algunas de sus más consoladoras faces.

Decir que la Europa y los Estados Unidos del Norte están poblados de esas instituciones.

En Francia han merecido el favor de las leyes y los aplausos de todos los grandes publicistas. Desde 1818, en que se fundó la primera Caja, protegida por el Estado, hasta el presente, se han creado cerca de 500, en donde se halla depositado un capital que para 1857 ascendía a 271.359.165 francos con 87 céntimos, correspondientes a 936.118 libretas.

En el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda existían en 1861 597 Cajas de Ahorros; el número de imponentes era de cerca de 1.500.000, y la suma de los depósitos alcanzaba a 38.370.090 libras esterlinas. Inglaterra es, sin disputa, el país en donde los trabajadores han realizado las más saludables conquistas a la sombra de leyes paternas y previsoras." (Nº 5, pp. 2-3)

Uno de los aspectos más llamativos es su defensa contundente del derecho natural de asociación. En esa misma época en muchas naciones europeas estaban luchando por la asociación obrera y vivían los sindicatos en vida precaria de clandestinidad.

"La Asociación no es una concesión del hombre, ni una ley por él formulada: es un mandato divino, una ley inviolable, sin la cual el hombre carecería del instrumento más poderoso para elevarse al alto rango que le corresponde en la escala de los seres..."

El insigne demócrata español D. Emilio Castelar, que no es ya nada sospechoso a los enemigos de las doctrinas socialistas, ha enaltecido el derecho de asociación, lo ha proclamado como una prerrogativa sin la que no puede existir libremente ninguna sociedad republicana. He aquí su definición de ese derecho:

"La facultad que tiene el hombre de juntarse a sus semejantes, a sus conciudadanos o a los extraños para todos los fines de la vida. El hombre tiene sentimiento y es artista, pues debe realizar con sus hermanos en asociación voluntaria el fin del arte. El hombre tiene conciencia y es religioso, pues debe juntarse con sus hermanos en creencias y realizar el fin de la religión. El hombre es activo y trabaja, pues debe juntarse con sus semejantes y realizar el fin del trabajo. El hombre es industrial, pues debe y puede juntarse con sus hermanos para realizar el fin de la industria. El hombre es ciudadano, pues puede y debe reunirse a sus semejantes para cumplir y realizar todos, absolutamente todos, los fines políticos. El hombre es un ser social, pues puede y debe, dentro de esta asociación fundamental que se llama sociedad humana, reunirse, coexistirse para contribuir a la actividad y al desarrollo social." (Nº 6, p. 2)

"¡Sí y mil veces sí! El obrero está cansado ya de tantos sinsabores; él no desea la guerra, sino la paz; ya ha derramado innumerables veces a torrentes su preciosa sangre y nada ha pedido; él no es egoísta, y su noble desinterés le ha perdido. ¿Qué le resta hacer? Asociarse." (Nº 27, p. 3, col. 4)

Contra el socialismo tiene tres artículos en los números 17, 18 y 19. Más contundente es la posición de El Obrero ante el comunismo. No se trata, por supuesto, del comunismo marxista-leninista, fenómeno medio siglo posterior. Tal vez les mueve el recuerdo de la Comuna de París.

"Existe un sistema feroz, si así puede llamarse, un sistema que lleva consigo la muerte, la desolación, la ruina de todo derecho y cuyas funestísimas doctrinas y diabólicas tendencias han sembrado ya sus estragos en la culta Europa.

Ese sistema es el Comunismo.

El principio en que se basa no es posible que sea más absurdo, ni sus medios más asoladores, ni más terrible el fin que se propone...

De consiguiente, si el Comunismo clama por la abolición del derecho de propiedad, alcanzado su objeto, el trabajo se haría innecesario y odioso por infecundo y sin él la sociedad se hundiría en el más desordenado caos, y todos los derechos desaparecerían, quedando el hombre, en sus relaciones con los demás de su especie, a la merced del más fuerte.

Herida de muerte a la propiedad, se hiera también de muerte al trabajo." (Nº 1, p. 4, col. 2 y 3)

A través de las páginas de El Obrero se puede percibir la palpación de las nacientes organizaciones obreras de Venezuela. La mejor parte de nuestros trabajadores se asociaron en sociedades benéficas que superaron —gracias a su inocuidad— el Mar Rojo de las dictaduras de Castro y Gómez hasta sobrevivir en nuestros días. Se mencionan las sociedades de artesanos en Puerto Cabello, Valencia, Maracaibo y otras ciudades. Se felicita la aparición de un nuevo órgano gremial: El Artesano, de Valencia, cuyos ejemplares —por cierto anodinos— pudimos consultar en la Hemeroteca de la Academia de la Historia. En la página 4 del número 34 se recoge un informe detallado de la Escuela Nocturna de Artesanos, creada por la Sociedad "Auxiliar de Artesanos" de Maracaibo.

Hemos calificado El Obrero como órgano gremial cristiano. A su director, en carta de salutación por el inicio de El Obrero, califica Amenodoro Urdaneta como "buen cristiano y republicano" (Nº 2, p. 2, col. 1). Hace gala continuamente de la doctrina de Cristo. No

hay asomo de materialismo ni de lucha de clases. Pero sí una profunda convicción del carácter revolucionario del cristianismo.

"El Cristianismo consumó una revolución eminentemente social que cambió los destinos de la Humanidad. Jesús predicó la libertad, la resignación y el amor fraternal; levantó a los humildes y depositó santas esperanzas en el corazón del esclavo." (Nº 4, p. 2, col. 1)

Al mismo tiempo, tenemos que advertir que la preocupación del problema social moderno en El Obrero es débil; sus soluciones, tímidas. Hoy diríamos que le falta valor para sacar las consecuencias de esa revolución social cristiana.

Pero ya era mucho, en la Caracas de 1879, leer escritos sobre el derecho de Asociación Obrera, de Cooperativas, de Cajas de Ahorros, de creación de Escuelas de Artes y Oficios, de Promoción Obrera. Nuestra versátil y trágica política de un siglo no nos ha concedido el placer de ver el "fruto cierto" que nos pudiera haber hecho esperar tan tempranos brotes de preocupaciones sociales.

La colección de El Obrero, 1879, conservada en la Academia de la Historia (hemos podido ver que existe otra colección menos completa en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional), se cierra con el número 35, correspondiente al día 6 de diciembre. Tal vez fue su último número, como nos lo dejan conjeturar las angustias económicas y las llamadas apremiantes que en los anteriores hace a los suscriptores su administrador J. M. Soriano. En el número 34 anuncia su retiro por razones de salud, pero el 35 sale todavía en su imprenta.

Apéndice

Las preocupaciones de tipo gremial obrero de finales del siglo XIX se reflejan en varios periódicos venezolanos que inclusive adoptan el sugestivo nombre de El Obrero (Coro, Maracaibo, Rubio, Yaritagua, Tovar, Barquisimeto, Mérida...). Es notable entre ellos el que fuera publicado en Caracas. Se titula "El Obrero: Periódico exclusivamente destinado a la defensa de los intereses de las clases obreras. Director: Juan Coronel."

El Obrero de 1890 no se considera sucesor de El Obrero de 1879.

Conocemos 14 números que se conservan en la Hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia. El primero es del 10 de abril de 1890. El Obrero se declara socialista. Ya en las primeras páginas excita a todos los obreros que trabajan en los distintos talleres de la ciudad a que les anuncien todos sus reclamos sociales. Anuncia el temario del próximo Congreso Internacional de Trabajadores en Berlín, promovido por el emperador Guillermo II.

Y va anotando las victorias de las filas socialistas en Europa:

"La Europa se conmueve. Las legiones de obreros, antes esclavas, hacen estremecer con su actitud defnida y resuelta a sus antiguos amos.

Alemania acaba de presenciar el espléndido triunfo de las agrupaciones obreras, llamadas socialistas, en las últimas elecciones para miembros del Parlamento; y Guillermo II, el hombre que ocupa el trono de una

de las más poderosas naciones europeas, ha puesto a un lado las viejas preocupaciones, tratando acaso de contener el movimiento, y se ha visto compelido a confraternizar con los hombres que otro tiempo mirara como indignos de ser tomados siquiera en cuenta." (Nº 1, p. 1, col. 4)

El espíritu del nuevo *El Obrero* es más audaz. Aparece por primera vez un nombre que en los países latinos evoca agresividad: meeting. Queremos recoger su aparición en el periódico:

"Previa invitación a la ciudadanía que circuló profusamente en Boletín, tuvo lugar anoche, en la Plaza Bolívar, un meeting imponente, en el que predominaba el distintivo de los hombres de rudo trabajo: ¡la blusa!

A las 7, más de 2.000 personas moviéronse, entre fuegos de artificio y vítores al Dr. Andueza Palacio, en dirección a la morada del ciudadano Presidente del Estado, en donde hicieron alto con el objeto de exponerle el propósito de aquella reunión, que no revestía carácter político de ninguna especie, sino el muy plausible y honrado de exigir al Primer Magistrado de la República, en fuerza de sus legítimos derechos, interponga su influencia para que se derogue la orden oficial en virtud de la cual hanse suspendido los trabajos del Gran Ferrocarril Central, comenzados hace ya algunos días en esta ciudad hacia La Victoria..." (Nº 3, p. 3, col. 3)

Entre los colaboradores fijos aparece un Salvador González García, definitivamente socialista, que suplenos el mismo Salvador González (a secas) que firmaba numerosos artículos de *El Obrero*, 1879. Era ya entonces partidario de una Federación Internacional. Ahora nos manifiesta nuevamente su predilección por las Cooperativas, y nos hace un elogio cabal del movimiento obrero de Rochdale: nos da una serie de estadísticas, como que en 1868 contaba con 6.731 socios y una biblioteca de 10.000 volúmenes y negocios por valor de 127 millones de bolívares (Nº 5, p. 2, col. 3).

Pero el nuevo periódico no es solamente más audaz y agresivo, sino más atractivo por su estilo más grácil y polémico. Miquis, seudónimo de un obrero, se encarga de la sección: Revista hebdomadaria de talleres, y lo hace en forma chispeante.

"Recuerdo haber tenido un amigo que nació a orillas del Orinoco, en esa porción de tierra que bien pronto tendremos que disputar al Invasor inglés... Caracas está perdido. Caracas no es más que un inmenso taller de vagos... ¡He aquí por qué yo inicio mis comprometidas revistas hablando de ese gran taller, y flagelando sin compasión a la inmensa pléyade de zánganos vergonzantes que viven del trabajo... de los demás." (Nº 2, p. 2, col. 3)

Los redactores de *El Obrero*, 1890, conocen la literatura de los socialistas franceses e ingleses. Publican en folletín la obra de J. P. Proudhon, *Los Bienes*. Critican a Owen por utópico; describen los pintorescos phalansterios de Fourier, para calificarlos de sueño irrealizable.

Estas afirmaciones de fe socialista pronto tuvieron su réplica de parte católica. Fue Juan Bautista Castro, futuro Arzobispo de Caracas, quien desde las columnas de *El Vigilante* (diario católico-popular que se publica en el Nº 47 de Jesuítas a Tienda Honda) afirma el 3 de mayo:

"Aquí tenemos un periódico socialista, *El Obrero*, que es el eco fiel de los rugidos de las clases trabajadoras de Europa, en la cuestión que nos ocupa. Y ese periódico se declara francamente enemigo de la Iglesia porque dice que ésta no tiene hoy sino la solución de siempre, la solución de Jesucristo, que no es sino la caridad en el rico y la resignación cristiana en el pobre, exactamente la misma solución que da León XIII en la carta que dirige al emperador Guillermo..." (Nº 17, p. 1, col. 3)

A lo cual los redactores de *El Obrero* responden que no aceptan el "yugo de religión alguna y somos, en consecuencia, adversarios de todas ellas". Inmediatamente después añaden este comentario igualmente definidor:

"Tomamos de la Agencia Fabra, de Roma, fecha 5 de abril, lo siguiente, no porque creamos que la encíclica papal pueda producir resultado alguno favorable a la cuestión obrera, problema hasta ahora insoluble, dado que se huye de la Justicia para resolverlo, sino porque ello demuestra que el oleaje de la indignación popular va socavando rápidamente los cimientos del Vaticano..."

Parece que Su Santidad dirigirá al mismo tiempo (que la publicación de la futura encíclica) instrucciones a los prelados para que éstos interpongan su autoridad e influencia en el caso de que surjan complicaciones de aquella índole, siguiendo el ejemplo dado por el arzobispo de Westminster, a cuya intervención debióse principalmente el término de las grandes huelgas que estallaron en Londres." (Nº 5, p. 3, col. 4)

Lamentamos que el Dr. Castro, empeñado en otros problemas más acuciantes de aquel entonces, no estuviera del todo feliz al redactar su refutación de *El Vigilante*. Los redactores de *El Obrero* se manifiestan anticlericales y antirreligiosos. Pero impresiona su visión del momento, con más exactitud diríamos su previsión del futuro. En realidad, el momento venezolano no era tan explosivo desde el punto de vista social como ellos lo pintan. La conciencia de los problemas obreros estaba reducida a pequeños núcleos de intelectuales y de algunos obreros de procedencia extranjera, catalanes en buena parte, que trasladaron a Caracas sus vivencias de los centros fabriles de Barcelona y contornos.

Aplaudimos el interés, no fallido, por la aparición de la encíclica *Rerum Novarum*, que había de conmover al mundo.

En su último número, *El Obrero* rezuma anticlericalismo cuando saluda la fundación de *La Religión*, iniciada precisamente por el Dr. Juan Bautista Castro:

"*La Religión*". Así se titula un diario católico que ha aparecido recientemente, redactado por connotados miembros del clero venezolano.

La cortesía periodística nos obliga a corresponder al saludo general que dirige a la prensa, y así lo haremos; en cuanto al canje, sepa el colega que no habrá de faltarle el nuestro porque deseamos tenga siempre a la vista las acusaciones incontestables que hace el gran Proudhon al gremio de que es órgano caracterizado." (Nº 14, p. 4, col. 3, 23 julio 1890)

Así terminan los 14 números que conocemos de *El Obrero* de 1890. Señala una era respecto del de 1879. Todavía no delatan influjos del socialismo de Carlos Marx. La dictadura de Gómez retardó la aparición de nuestro movimiento marxista hasta el año 1928, con la siembra silenciosa de Pío Tamayo.